

ANOTACIONES SOBRE LA LITERATURA VENEZOLANA

Verónica Jaffé C.

Supongo que decir Venezuela en tierras extranjeras es decir cosas muy lejanas a la literatura. Sugiere, si acaso, petróleo, riqueza desmedida y pobreza sin fin, sugiere una geografía variada y espectacularmente tropical, y quizás cierta modernidad escandalosa de una urbe enloquecida como Caracas. Poco se recuerda la literatura escrita en el país y si se insiste mucho, podría surgir el nombre de Bolívar y sus escritos políticos, quizás Rómulo Gallegos y sus epopeyas abarcales, quizás Uslar Pietri, el erudito, y alguno que otro poeta.

Venezuela, y esta es una de las características de este país, no presentó figuras estelares del pensamiento latinoamericano a mediados de siglo, no participó en el llamado 'boom' de la literatura latinoamericana de los años 60 y 70 de este siglo, Venezuela fue y sigue siendo uno de los parientes pobres dentro de la familia de lo que podría llamarse la intelectualidad latinoamericana. Tal situación no se repite en las artes plásticas, por ejemplo, donde algunos nombres son bien reconocidos más allá de las fronteras. Y es sobre tal situación que me gustaría reflexionar un poco, por supuesto especulando libremente sobre ello, pues no conozco una respuesta contundente y convincente al por qué de ella.

Desde los tiempos apacibles de una provincia menor dentro de las posesiones españolas de ultramar, Venezuela llevó una existencia calladamente apartada de los centros de pensamiento y escritura en lengua española. Algún nombre surgía, alguna personalidad más resaltante, un Andrés Bello, por ejemplo, a quien todo niño conoce en la escuela por algo tan pesado y fastidioso como la gramática de la lengua española. ¿Y qué más? Pues naturalmente todo

lo relacionado a la gesta independentista, con sus héroes, sus aventuras, sus tragedias, sus batallas, sus proclamas, la gran mortandad que causó en una sociedad aún marcadamente medieval. Bolívar es y será por largo tiempo la figura tutelar que se asocia al nombre de su patria, y su pensamiento considerado como guía espiritual, norte y fundamento de lo que los venezolanos entienden por su identidad más o menos utópica. Quiere decir, que el catálogo de temas e intereses en la intelectualidad venezolana estará, y creo que aún está, determinada por la visión libertaria clásica y por la perspectiva americanista bolivariana. Quiere decir, que la reflexión política venezolana, asociada siempre al ideario bolivariano desde el siglo pasado, posee una tradición que otras formas de escritura no tienen. Quiere decir, que de alguna forma la comprensión del venezolano de sí mismo aún está marcada por aquel cliché de que de Venezuela vienen los guerreros, los feroces llaneros en sus veloces caballos, los hombres políticos, pero no los pensadores, ni los escritores, ni los artistas. Venezuela sería entonces un cuartel, como lo fuera en el siglo pasado. Y sin embargo ha pasado mucho tiempo desde que Bolívar viera así a sus compatriotas y hoy parece cada vez más difícil que la realidad se corresponda con tal apreciación; aún cuando los recientes intentos de golpe militar manifiesten un fuerte apego por estas imágenes decimonónicas como respuesta y solución a los problemas de la actual democracia.

Desde entonces este país ha pasado, y esto es un tópico común, un proceso de 'modernización' fulminante que está relacionado con el petróleo, con un pacto entre partidos políticos, con una forma de democracia representativa donde los representados siguen estando al margen del proceso, como lo estuvieron desde los tiempos de la Colonia. Y es en este contexto en que la literatura venezolana comienza a manifestarse aún cuando sea tímidamente. Gallegos y sus novelas sobre las diversas regiones del territorio nacional, Uslar y sus cuentos y relatos sobre la historia del país y tantos otros son expresión y reflejo de cierta visión sobre esta modernidad. Pero esta modernidad está, como se sabe, en crisis, y no sólo en Venezuela. La fe en el ilimitado 'progreso', la justificación de la historia por medio de las confrontaciones ideológicas ha cedido su puesto a la desesperanza ante los problemas más económicos que políticos, que ahora se entienden como globales. En Venezuela, como en muchas partes del mundo, se murieron las ilusiones de décadas pasadas y la necesaria revisión de lo que fuimos y somos comienza hoy, por fin, en la literatura.

Desde los años 60, desde los años del famoso 'boom', la narrativa ha cedido lentamente el campo a una forma muy diferente de expresión y reflexión literaria. Tengo la impresión, quizás extremadamente subjetiva, de que la poesía de los últimos años ha dicho y hecho cosas más importantes que la narrativa. Este es, creo, al menos el caso en Venezuela. Después de las grandes novelas, los cientos de cuentos escritos en aquellos años de lucha armada, de ilusiones políticas, de utopías ideológicas, la narrativa ha transitado caminos

cada vez más pequeños y modestos, limitándose frecuentemente a ciertos experimentalismos de variado colorido, pero en definitiva y en términos muy generales, abandonó los proyectos y las visiones interpretativas de mayores pretensiones y optó por perspectivas más restringidas. Propositiones narrativas importantes como la de Meneses o Julio Garmendia no parecen repetirse en los últimos tiempos. Y si bien tal postura puede relacionarse con la problematización creciente que del escritor y sus posibilidades se observa en muchos lugares del mundo, en Venezuela la presencia de la narrativa, y creo no equivocarme, fue cada vez menos significativa. Sólo muy recientemente han surgido algunos ejemplos interesantes de la narrativa venezolana.

No ocurrió lo mismo con la poesía. La nueva modestia que por fuerza debe asumir ahora la literatura, cuando de tantas partes es cuestionada como fuente de saber, de verdad y de deleite, ha tenido, al menos en el caso de la literatura venezolana, una extraña e interesante respuesta: la poesía se impone cada vez más como forma literaria preponderante.

Especulando, naturalmente, y partiendo de mi propia experiencia con la poesía, podría imaginar algunas razones para ello.

Uno de los factores a mi entender más importantes fue y es la inusitada presencia de traducciones de poetas extranjeros. Nombres hasta entonces poco o nada conocidos irrumpieron en el escenario nacional marcando los gustos y las sensibilidades en forma bastante más masiva que en tiempos anteriores. Ya no se trataba de un Heine traducido por Pérez Bonalde, sino de decenas de poetas ingleses, americanos, franceses, italianos, portugueses, brasileños que eran presentados en traducciones constantes. Imagino que tal apertura hacia la poesía internacional determinó una sensibilidad y conciencia muy particular. Además de la más tradicional lectura de los grandes poetas latinoamericanos, que en el afán continentalista venezolano siempre fue una de las actividades favoritas de los escritores de esta parte. Los nombres de Gerbasi, Liscano, Terán, Sánchez Peláez, Cadenas, Calzadilla, Sucre, Silva Estrada, Valera Mora, Palomares, Montejo, Crespo, por ejemplo, parecen estar íntimamente relacionados con los nombres extranjeros que leyeron, que en parte, incluso, tradujeron ellos mismos. Leer a los poetas de otras lenguas y otras regiones tiene, al menos en mi caso particular, una especial consecuencia que quisiera describir como asunción e incorporación de lo otro. Tal situación está relacionada con un problema de identidad que trataré de circunscribir inmediatamente.

La cuestión de la identidad nacional, de la identidad latinoamericana es tema largamente debatido en la historia de la región e imagino que no puede tener una respuesta contundente. Supongo que el problema es consecuencia sobre todo de la historia colonial y dependiente de este continente, pero no quiero revolver las cenizas de un debate por desgracia demasiado ideologizado. Pero la cuestión de la identidad también tiene que ver con la propia y particular

comprensión de lo que es o debe ser el sujeto poético, el llamado yo lírico. En el tradicional desorden y desconcierto cultural de este país no es extraño notar que tal univocidad de sujetos no ha existido con regularidad, y en mi caso personal tiene poco sentido ignorar una realidad patente: mi mezcla de orígenes y culturas. Aceptar de alguna forma u otra esta mezcla significa asumir la imposibilidad de hablar, de pensar, de escribir desde la segura posición de un sólo sujeto idéntico a sí mismo, digamos, por ejemplo, cartesiano. Se habla, por otro lado, de la ficción del sujeto pensante, de la deconstrucción de la metafísica implícita en el discurso occidental, y el resultado se parece bastante al sujeto de la mezcla cultural. Quiero decir, la realidad de la fragmentación del yo, la indefinición del sujeto lírico, se corresponde con la reciente y actual modestia e humildad de una cultura como la occidental, que, al parecer, ahora comienza a pagar las consecuencias de su arrogancia cruel y despiadada. Es en esta incorporación de otras voces, de otras experiencias, en la aceptación de otras presencias que se inserta la nueva poesía venezolana con su variada gama de formas y de estilos, con la contemporaneidad de diferentes temas e intereses, con su gusto por lo que desde aquí puede llamarse exótico, por el juego con otras voces, otros papeles, con personajes y figuras ficticias, históricas, míticas. Hablar de Irlanda, de Praga o de Jacarta en un poemario venezolano adquiere así un sentido que remite de alguna forma al problema del sujeto lírico, y es con esta problematización que puedo identificarme plenamente, después de haber desistido por fuerza a la construcción de un yo unívoco y particular.

Veo muy relacionada a ello la desesperanza vinculada a la ruptura de la tradicional oposición entre experiencia y esencia. Si ya no podemos engañarnos con el sueño de la verdad descubierta por azar o por empeño en algún recóndito lugar de la creación, si ya debemos aceptar con resignación la imposibilidad de una metafísica como consuelo de nuestras penas y sin sentidos, tenemos que privilegiar sin remedio y alternativa alguna la experiencia personal, la tuya, la mía, la de los otros como único acceso a la siempre escurridiza realidad. Y así, si el mencionado exotismo, el juego vicario con otros papeles y otras figuras puede ser respuesta a una ilusión de identidad hace tiempo perdida, la experiencia personal, y el placer del juego con otras experiencias abre otra dimensión a tal exotismo: es también expresión de una ironía, de una artificialidad que rinde cuenta a la constante duda sobre la falsedad, a la limitación e insuficiencia de la experiencia personal. La ficción será entonces, por qué no, una salida válida para disfrazar el abismo que media entre mí pequeño sujeto y el otro, ese otro que salta sin preaviso de su status de objeto a ser sujeto y viceversa, dejándome en el desamparo de la incompreensión total, pero no por ello menos fascinada y seducida por la multiplicidad de sus sentidos. El poeta mexicano José Emilio Pacheco llama poesía a “ese lugar de encuentro / con la experiencia ajena.”

Como consecuencia de toda esta confusión y variedad, de esta fragmentación y estas limitantes observo en la poesía venezolana a mi alrededor, y en

mis desordenadas lecturas de la poesía extranjera, un nuevo acento sobre algo que a mí también me interesa en forma especial. Algo que no sé si pueda describir como un nuevo emocionalismo, precario y frágil, que responde por alguna razón aún difusa, al menos para mí, a esa subjetiva limitación de lo meramente personal. En todo caso, el interés por la exposición de las emociones, por su análisis minucioso y lento, por su registro detallado me parece ser una de las pocas vías aún abiertas para la siempre tan buscada comunicación con el lector. A través de la parsimoniosa o instantánea presentación de las emociones y sentimientos el poema habla, habla directamente al lector, con la conciencia de que éste ya no aceptará más aquella vieja historia de que un poeta es un sabio y profeta visionario, místico conocedor y experto en el asunto de la, ahora desaparecida, verdad.

Así, la única verdad posible, la única a la cual yo como lectora o como autora tengo acceso, es la muy personal de mis emociones y sentimientos. Y tal circunstancia significa también que los esquemas sentimentales sobrepuestos por la sociedad, la tradición, la cultura dejan de tener importancia, se revelan como lo que a mis ojos nunca dejaron de ser: una burda manipulación artificiosa de la realidad de mis sentimientos. Y aquí creo entonces encontrar el lugar de lo que se ha tratado de definir como literatura femenina. Pues no me parece justificada una supuesta particularidad de una literatura privada, sentimental y femenina opuesta a una literatura pública, racional y masculina. Simplemente soy yo como mujer, personal e individualmente diferente de los otros, la que puede manifestar de forma subjetiva y emocional una particular forma de ver la realidad que me rodea. Es la incorporación de muchas voces, muchos discursos de mujeres individuales la que puede abrirle a la literatura tradicionalmente masculina nuevas dimensiones, diversas miradas, y cada una será diferente, y cada una tendrá la validez y la profundidad que la sincera reflexión de cada quien sea capaz de darle. No tiene sentido así, hablar de unas características comunes, de unos parámetros compartidos en el caso de la literatura femenina. Pues es evidente y elemental que yo como mujer hablaré muy diferente, sentiré otras cosas, que el hombre que está compartiendo conmigo este tiempo, este espacio, y mi palabra será diferente a lo que dijo y sintió la mujer que me antecedió en muchos años, o aquella que vive en otras latitudes. La literatura femenina, como discurso otro, como voz periférica y marginal en una cultura tradicionalmente determinada y escrita por hombres blancos, tendrá que ser aceptada tal cual es, para responder, al menos, a una situación evidente: ni yo, ni nadie posee la clave secreta, la llave mágica, la inspiración divina para comprender una realidad que ahora y creo que definitivamente se nos muestra sólo en su forma impenetrable: un mundo inaccesible para nuestra absoluta y completa incapacidad de entenderlo, de abarcarlo todo, un mundo que se place en recordarnos nuestra inevitable limitación como seres humanos que somos.

Para una mujer escribir será entonces, al igual que para el hombre, un

intento muchas veces fallido, pocas veces logrado, de expresar y construir una forma de percepción y reflexión, de sentimiento y de emoción que le produce la contemplación de su realidad. ¿Qué más podemos exigir hoy en día, cuando los consuelos infantiles, de la paternidad protectora de una ideología han desaparecido detrás del horizonte? Y más aún, ahora ni siquiera nos podemos aferrar, como lo hicieron las generaciones que nos precedieron, a una exaltación de la palabra, a una apología de la escritura, a esa pretensión a la vez orgullosa y desesperada que los escritores de hace 30 o 40 años podían defender ante el cinismo creciente de la cultura que los rodeaba. ¿Quién puede hoy creer que la palabra poética, la literatura con mayúsculas sea el último bastión de la historia humana, el refugio de la idea, de lo bueno, de lo verdadero, el salvavidas para todos aquellos que quieren resistirse y defender su integridad crítica e intelectual ante las malvadas manipulaciones de los villanos materialistas? Para un poeta hace 40 años aún era posible compensar con una defensa irrestricta de la poesía todas las faltas, los errores, los horrores de la historia, de la sociedad, de sus congéneres. Hoy me siento personalmente incapaz de adjudicarle a la palabra tal función, no sólo porque la invasión de la imagen, del sonido, la haya desplazado, haya cambiado, como lo señalan tantos expertos, las direcciones y tendencias de nuestra percepción, sino también por una arraigada desconfianza ante la palabra en sí. Los discursos oficiales del poder, la literatura fácil o la engañosa ilusión poética, el esteticismo del crimen y la barbarie, todas esas palabras que en este siglo han sido utilizadas con fines y propósitos inconfesables y en ocasiones con una malignidad inaudita, me niegan la posibilidad de una fe ingenua en la palabra. No puedo entonces olvidar la perversa discrepancia que puede presentarse, y de hecho se ha presentado, entre ética y estética de una literatura, de un discurso, y proclamar inocentemente a los cuatro vientos que la poesía es por esencia buena, verdadera y bella. Me queda como única opción aceptable en este fin de siglo, constatar la imposibilidad de un uso ingenuo de la palabra, y la conciencia de la poesía, o la literatura, tiene que asumir su cuota de culpas y castigos en esta danza macabra de la modernidad, tiene que aceptar, en fin, sus propias contradicciones.

Y así, si escribo como mujer, como venezolana, en esta última década del siglo, por fuerza escribiré desde una posición mucho más modesta y humilde que los hombres y mujeres que me antecedieron. Y los grandes proyectos, las grandes verdades, las grandes utopías de un Bolívar, un Gallegos, un Uslar se niegan a mis posibilidades, a mis formas de comprensión.

Y quiero sugerir al final que quizás fuera esta la enfermedad que ocultara la narrativa venezolana después de entrar en crisis. Pues me parece notable, que los escritores que retomaron el hilo narrativo en Venezuela tengan posiciones parecidas a las arriba esbozadas. Es notable por ejemplo, que un Balza, un Quintero, un López Ortega, un Azuaje o un Centeno reduzcan con evidente modestia y discreción sus pretensiones interpretativas de la realidad.

Y más aún, quizás sea precisamente esta modestia el único camino que les queda a esos extraños y absurdos seres que se dedican a la literatura: a los escritores.